El sendero en cuestion era estrecho y estaba mal cuidado. Los ginetes no pasaban nunca por él. La marquesa volvió á poner la yegua al paso.

Cerca de la mitad del camino, entre el pueblo y el muro de recinto del parque, y la orilla del bosque, la amazona se mostró sorprendida de ver una construccion rara y algun tanto ridícula, cuya existencia no sospechaba.

Esta construccion era un pequeño edificio hecho de material muy sencillo, dentro de un cercado de quinientos ó seiscientos metros, afectando la forma de un castillo feudal de la Edad Media que se hubiera contemplado con el extremo de un ateojo. Nada faltaba en él: ni la puerta ojival, ni las ventanas divididas por la cruz latina, ni el almenado torreon, como tampoco las torrecillas provistas de sus correspondientes buhardas.

Todo esto repetimos, mejor se parecia á un juguete aleman ó á una decoracion de teatro, que á un edificio sério. La pintura solo daba á las tablas, cuidadosamente unidas, la apariencia de la piedra tallada, y figuraba en la mayor parte de las ventanas buhardas, esculturas y ornamentacion.

Este gótico torreon no debia tener mas que dos habitaciones, y no muy grandes, una en el piso bajo y otra en el primero. No se nos acu-

sará de novelistas. Rebuscando un poco, fácil sería encontrar en las comarcas próximas á Paris buen número de villas edificadas por el mismo estilo, tan pretenciosas y tan exíguas.

Encima de la puerta, y á la anchura del cercado, veíase elevado un cartel en que se leían en gruesos caractéres las siguientes palabras:

CASA AMUEBLADA.

Se vende ó se alquila.—Para tratar dirigirse á,.....

Lazarine, deteniendo su yegua, preguntó al *groom:*

—¿Qué casa es ésta?

—Señora—respondió aquel,—la del señor Bréchu.

XIX

—¿Quién es este señor Bréchu?—prosiguió la jóven viuda.

—Un atiguo capitan retirado, señora mar-

quesa.... un hombre de bien...—replicó el *groom*.—Al abandonar el servicio militar ha regresado á este país, en el que nació segun parece, compró el terreno que vemos é hizo construir la casa á su capricho. Cuando jóven, no teniendo familia, exceptuando una tia natural de Pethiviers, y que ya no es jóven, vivia ahí dentro completamente solo y muy contento.

—¿Se ha cansado, sin embargo, de esta habitacion, puesto que trata de venderla ó alquilar? —dijo Lazarine.

—Señora marquesa, hay otra razon que lo motiva, y que no deja de ser, por decirlo así, satisfactoria.

—¿Cual es?

—Hace seis meses que murió el señor Bréchu, dejando en su testamento la casa á su anciana tia, que ha venido de Pethiviers para heredarla, y que la ocupa provisionalmente.

El *groom* habia dicho la verdad. La razon no podia ser mas convincente. Mientras que la marquesa de la Tour du Roy hacia estas preguntas, una mujer de edad que llevaba luto á la usanza de los aldeanos, viendo una mujer bonita á caballo y parada en el camino, salió precipitadamente del llamado castillo, atravesó el jardin, abrió de par en par la puerta, hizo ceremoniosa reverencia y preguntó:

—¿La señora desea tal vez visitar la finca?

no es grande pero es muy cómoda, y perfectamente arreglada por mi pobre sobrino, que tenia gusto como un arquitecto. Es una bonita casa de campo.... Si la señora quiere, la guiaré.... El verla no cuesta nada.

No osbtante su tristeza y preocupaciones, Lazarine sonrió á pesar suyo.

La tia Pethiviers, que contaba con encontrar en la marquesa de la Tour du Roy un comprador, ó cuando menos un inquilino para su grotesco zaquizamí, produjo en ella un efecto sumamente cómico y hasta risible.

Iba ya á declinar los ofrecimientos de aquella buena mujer y pasar de largo, cuando un pensamiento repentino le asaltó, haciéndola modificar sus ideas.

Con profunda sorpresa del *groom*, replicó:

—Sí, señora, veré de muy buena gana la propiedad, que me parece muy original.

Al propio tiempo echó pié á tierra, entregó al lacayo la brida de *Norah*, recogió con su brazo izquierdo la larga cola de su amazona, y se entró en el cercado tras la heredera del difunto Bréchu.

Esta ponderaba la finca con la sencilla exageracion de los campesinos que quieren hacer un buen negocio.

—Un hábil aparejador venido de Orleans es quien ha trazado las sendas—dijo la Pethiviers

—y la señora puede observar que sabia muy bien su oficio. Podrá uno andar mucho tiempo por todos estos senderos, que dan vuelta sin que pase uno dos veces por el mismo. Esto es lo que puede muy bien llamarse un jardin inglés. Podrá uno disfrutar de su sombra en el momento en que los árboles crezcan, y crecen que es un portento. La tierra, á Dios gracias, es muy buena. Hay en los muros muchas enredaderas, y tambien hay albaricoqueros, que cuando estén en sazon producirán muchos.... El estio es muy agradable para un cazador, por hallarse muy cerca del bosque y del parque reservado... Mi difunto sobrino, sin salir de casa, cazaba muy amenudo perdices y faisanes que entraban en el bosque, sin que por eso fuera cazador furtivo: ¡ah! eso nunca. La caza que él se apropiaba le pertenecia tan de derecho como al dueño del bosque, ¿no es cierto? La caza que vuela es de todo el mundo.

Lazarine se abstuvo de contradecir este aforismo, de suyo muy discutible. Eran cosas que de ningun modo le interesaban, y que apenas escuchaba, ansiosa como estaba, por razones que muy pronto explicaremos, de conocer el interior de la casa de Bréchu.

La tia de Pethivers llegó por último á la puerta ojival y se apartó para dejar paso á la marquesa.

Como desde luego podrá deducirse de las dimensiones del edificio, el piso bajo constaba de una sola pieza, y que servia á la vez de cocina y comedor, hallándose embaldosado el suelo con ladrillos encarnados.

Una hornilla pequeña servia para preparar la comida, y en aquel momento hallábase saturado el ambiente con el cálido olor de una sopa de coles que cocia á fuego lento de una marmita de barro.

Encima de la campana de la chimenea veíase un fusil de dos tiros, sistema antiguo, colgado del correspondiente porta, y que sin duda era el arma tan temido en otro tiempo de los faisanes y perdices que volvian por la tarde de las tierras.

Todo el mobiliario lo constituian una mesa cuadrada, sillones de nogal con asientos de paja, escabeles blancos y dos viejos aparadores á semejanza de los que se usan en las casas de los labriegos. Platos de loza con gallos pintados, mostraban sus primitivos dibujos y sus abigarradas pinturas. Contra las tablillas que servian de murallas, y revestidas de papel pintado figurando países y escenas campestres, se veían cuatro litografías tomadas de asuntos de batallas, y un pequeño trofeo, compuesto de dos charreteras deslucidas y dos espadas de

oficial, orlado por una cinta de la Legion de honor.

Las ventanas tenian cortinas de muselina blanca con bordados amarillos.

Enfrente de la puerta habia una escalera de madera muy gruesa, aunque poco segura, provista de una rampa de madera de abeto que conducia al piso principal.

La parte inferior de esta escalera constituía una especie de zaguan, de utensilios y útiles de jardinero, conteniendo ademas infinidad de haces de leña menuda destinada al hornillo, y un monton de astillas á propósito para encender la lumbre.

—Con una sola chispa que cayese allí dentro—pensó Lazarine,—sería bastante para que este casuco ardiese como un fósforo.... Aquí se dormiria como sobre un volcan.

—La señora debe observar que la casa no escasea de decorado—dijo la tia del difunto Bréchu.—¡Oh! Mi sobrino sabia hacer muy bien las cosas. Pues bien; lo de arriba es aún mejor.

—¿De veras?—dijo Lazrrine conservando su seriedad de una manera asombrosa.

—La señora no tiene mas que subir, y se convencerá por sí misma de la sinceridad de mis palabras.

Lazarine subía ya la escalera, de la que cada

peldaño crujía bajo sus piés como un trampolin bajo sus piés diminutos.

En el único cuarto de que se componia el piso principal, era donde el capitan habia hecho prodigios.

El buen hombre, apasionado sin duda de la Edad Media, como un artista de 1830, soñó con poner en él un mobiliario adecuado á aquella época; pero careciendo de fondos para la realizacion de su sueño, habia tratado de procurarse la apariencia, haciendo ejecutar bajo su direccion á un carpintero del país una cama de columnas de baldaqui, sillones en forma de reclinatorios y algunas arcas de estilo gótico, y todo de madera blanca.

Sobre esta madera se habian clavado algunos adornos de carton piedra, y este conjunto, revestido de una capa de color oscuro, producia durante algunos segundos el mismo efecto que si fuese roble esculpido, al menos para quien tuviese la complacencia de creerlo así. El papel pintado imitaba mejor ó peor una cosa que queria parecer tapiceria.

Tiras de color verde, agujereadas ya por la polilla, daban á la cama un aspecto de cierto gusto, y otras tiras de igual color servian de adorno á las cortinas de las ventanas.

Al franquear la señora de la Tour du Roy el dintel de esta habitacion, creyó entrar en

uno de esos cuchitriles que habia visto mas de una vez en la Puerta de San Martin y en el Ambigú, cuando la protagonista del drama llevaba casaca de medio cuerpo y falda á media pierna, jurando *por los cuernos del diablo*, y decia: "Nobles y plebellos."

—¿Qué le parece esto á la señora?—dijo la heredera pavoneándose de satisfaccion.

—Todo está muy bien—respondió la marquesa.

—Pues bien, señora; no quiero vender la propiedad amueblada en mas de diez mil francos. Concederé facilidades para el pago si así lo desea el comprador, siempre que ofrezca buenas garantias de solvencia. En el caso de que se presente un inquilino para vivir en la casa amueblada, no exigiré mas que sesenta francos al mes, pagados por adelantado, y no la alquilaré por menos de tres meses; y en cuanto al lavado, ropa y utensilios de cocina, no reñiremos. Me parece que todo es muy razonable.

—No puede ser mejor partido—dijo Lazarine.

—¿Entonces la señora se halla dispuesta á ser compradora ó inquilina?

—Nó. Me contento con verlo; pero si sé de alguno á quien pueda convenir tan agradable residencia, le dirigiré á vos.

La vieja se deshizo en cumplimientos de

gratitud, y condujo á la hermosa jóven hasta la puerta del cercado, haciéndola multitud de reverencias.

La señora de la Tour du Roy montó de nuevo á caballo, y veinte minutos despues se apeaba en el patio del castillo.

Despues de haberse mudado de traje, almorzó en muy pocos minutos, recorrió distraidamente los periódicos que habian llegado durante su paseo, y sin concluir de leerlos se abismó en una meditacion profunda y sombria, á juzgar por la contraccion de sus negras cejas y por la expresion casi arisca de su mirada.

La víspera por la tarde, Marcelo Laugier, procedente de Orleans, como la vez anterior, llegó á la posada de *El Caballo blanco* en un coche de alquiler.

Excusado nos parece asegurar que el padre Richard acogió con entusiasmo su viajero, que no paraba mientes en el gasto, que sabia apreciar su cocina, y que sin duda ninguna permaneceria algun tiempo en su casa.

El ex-oficial, llevando hasta lo increible la obediencia á la voluntad de Lazarine, ni aun siquiera preguntó si se hallaba la marquesa en el castillo ó si se encontraba en Gordes con su cuñado.

—Me ha mandado venir—se dijo,—luego necesita de mi presencia como yo de la suya.

Puedo, pues, esperar sin inquietud ni inpaciencia, en la seguridad de que en el momento en que sea posible una entrevista no la retardará ni una hora.

Un enamorado perdido puede ciertamente figurarse, como se figuraba Marcelo, que tendria calma y paciencia. Quien así piensa se engaña lastimosamente.

El ex-teniente pasó la noche agitado, calenturiento; las horas de insomnio le parecieron interminables.

Antes de ser de dia saltó de la cama y se vistió. Hubiera deseado salir de la posada y correr al *Patriarca;* ¿pero para qué?—se dijo.

Si la marquesa hubiera de verle aquel dia, tenia la completa seguridad que nunca seria antes de las doce.

Marcelo se dijo y se repitió veinte veces esto mismo; lo cual, sin embargo, no le impedia llegar al sitio convenido á las once y cuarto, instalándose á regular distancia del árbol gigantesco con su paleta, su caballete, su cuadro y su caja de pinturas. Una vez allí, solo se trataba de matar el tiempo. Púsose, por lo tanto, manos á la obra; pero conforme iba dibujando con el difumino las líneas del nudoso tronco y el enlace de las ramas gigantescas, volvia la cabeza diez veces por segundo hácia el lado por el que podia llegar Lazarine.

Dieron las once en el campanario del pueblo.

—Este reloj atrasa seguramente—murmuró el jóven.

Y miró el suyo para asegurarse mejor; pero tan solo faltaban cinco minutos.

Creyendo que se le habia parado lo aproximó á su oído, y el tic tac le probó que andaba.

Acordóse entonces de haber experimentado idéntica sensacion cuando por la noche esperaba á la señora de la Tour du Roy frente al número 5 de la Avenida de la Reina Hortensia.

—¡Qué animal tan raro es el hombre!—pensó Marcelo sonriendo.—¿Por qué le han de parecer desgracias todas las cosas del mundo en el momento en que la mujer amada se retrasa diez minutos?

De pronto dejó de latir su corazon; un ligero ruido, producido por dos botitas que pisaban las hojas secas, llegó hasta él y en seguida una figura esbelta y graciosa se dibujó entre los árboles.